

## SOBRE EL MOVIMIENTO ATICISTA

Podemos hablar del movimiento aticista en un sentido estricto y en otro más amplio. En un sentido estricto nos referimos a la literatura griega de época imperial, que trata de calcar exactamente los moldes de la literatura ática en la lengua, en el estilo, incluso en los temas; en gran medida, también en la ideología. En un sentido más amplio, toda la literatura griega de época romana es aticista en cuanto sigue también estos modelos en un grado mayor o menor.

Realmente, la punta de lanza del aticismo, aquellos autores en que aparece, digamos, en su estado puro, está constituida por los retóricos de época imperial. Todos estos profesores, conferenciantes y ensayistas van promoviendo una imitación cada vez más avanzada y pormenorizada de lo ático. Detrás de ellos, y siguiéndoles como modelo en cuanto a lengua y estilo, está la gran masa de la literatura griega de dicha época. Esto constituye un espectáculo extraño.

Cualquiera que vea una biblioteca de ediciones de obras griegas comprobará fácilmente que la masa principal está constituida principalmente por la literatura de época romana; que, en volumen y número de páginas, lo que se conserva, sobre todo de prosa, es infinitamente mucho más abundante cuando procede de época romana que cuando procede de la clásica, por no hablar de la helenística, de la cual se nos ha conservado poquísimo.

Pues bien, esta literatura, que es la mayor parte de la griega, no tiene una lengua propia, un ideal nacido dentro de ella; es una literatura que vive fundamentalmente de la imitación. No afirmamos que carezca absolutamente de valor original, ello sería decir demasiado, pero en una gran medida vive de la imitación en el contenido; y en una medida mayor, con gradaciones y diferencias en cuanto a los moldes concretos que se toman, vive de la imitación también en la forma.

De acuerdo en que esta literatura consiste sobre todo en resúmenes de la obra científica de la época helenística. Galeno y los médicos tratan de poner al día o de resumir las obras de los médicos helenísticos; Tolomeo, las de los geógrafos; lo mismo hacen los gramáticos de esta época; la Filosofía, salvo algunas excepciones como el neoplatonismo, fundamentalmente vive de repetir lo antiguo; la originalidad es relativamente restringida y, en lo referente a la lengua, menor todavía. Un espectáculo anómalo, en cierto modo monstruoso, es que al cabo de diez siglos continúe escribiéndose en la misma prosa ática o en lo que intenta ser la misma prosa ática del siglo v a. J. C. De dicho siglo al v d. J. C., si nos fiáramos de la literatura y sobre todo de una parte de ella, la lengua no habría cambiado nada ni se habrían modificado gran cosa tampoco los ideales morales y políticos; e incluso la ciencia estaría más o menos estancada en lo que era en la época helenística.

Claro está que ejemplos más asombrosos todavía tenemos en la poesía, cuando nos encontramos con que los épicos del siglo v d. J. C. continúan escribiendo hexámetros con la misma lengua de Homero. Nos encontramos, por ejemplo, con que el gran poeta, del siglo VIII a. J. C. y con una tradición que va mucho más atrás, es imitado exactamente en su lengua por Nono de Panópolis, que pone en hexámetros el Evangelio de San Juan. Es algo así como si ahora alguien se pusiera a escribir epopeyas no digo ya en la lengua del *Mío Cid*, sino en la de tres o

cuatro siglos antes, y como si nosotros nos dedicáramos a escribir en la prosa castellana del siglo x.

Un espectáculo raro y anómalo. Esta fase de la literatura griega no es la que más atrae ni interesa, pero el fenómeno es importante, y creo que merece la pena dedicarle alguna atención.

Ello va unido a un segundo hecho, el alejamiento y distanciamiento progresivo de la literatura respecto a la lengua y mentalidad popular; se va abriendo un abismo creciente que llevará, en definitiva, a la diglosia, a las dos lenguas que existen en la Grecia actual y que, a través del Medievo, son herencia de la Edad Antigua. La lengua culta procedente de la literatura aticista es en definitiva la lengua culta de hoy; y, de otra parte, ahí está el producto de la lengua que había ido fermentando por debajo y que en un momento dado, por decirlo así, se ha abierto paso, ha hecho explosión convirtiéndose a su vez en nueva lengua literaria.

¿Por qué esto? Es difícil dar respuesta a preguntas tan tajantes en el orden de los fenómenos históricos. Vamos a tratar, sin embargo, de escudriñar en cierta medida los orígenes de este hecho, sus raíces, más que de hacer su descripción detallada, de lo cual realmente no tenemos tiempo.

Para ver cómo ha llegado a suceder esto tenemos que echar una ojeada retrospectiva hacia la génesis de la prosa griega, seguir a grandes saltos, en una cierta medida, su historia y contemplar la incidencia de estos hechos con los históricos, con el surgimiento de Roma, la creación de una literatura romana, el hundimiento de los reinos helenísticos y una serie de otros factores.

La prosa ática es bien sabido que nace en el siglo v a. J. C. con Gorgias de Leontinos. Es una prosa que trata de superar a su predecesora jónica, que es paratáctica, anacolútica, carece de períodos bien formados y resulta realmente insuficiente para un pensamiento riguroso y ceñido o para la tarea científica. Sobre este estadio previo

de la prosa jónica son Gorgias y los sofistas quienes crean la ática por imitación, en una gran medida, de la poesía. Crean períodos brevísimos; utilizan una serie de recursos como la antítesis, paralelismo, isosilabia; acuden incluso a procedimientos claramente métricos como son los κῶλα rítmicos y una especie de rima, la parisosis; recurren al vocabulario poético; es, en fin, algo así como una camisa de fuerza que se pone a la prosa paratáctica del cuño de Heródoto con objeto de que pueda plegarse al pensamiento que ahora se desarrolla de una manera rígida, puesto que es un pensamiento que procede también de una manera un tanto rígida y primitiva.

Este estilo de Gorgias, que florece sobre todo en la retórica, lo conocemos por los παύνια, juguetes o discursos ficticios como las defensas de Helena y Palamedes, y también por los epitafios, etc. Pero, naturalmente, esta prosa poetizante, de frase muy corta, a base de mucho paralelismo y antítesis y de recursos poéticos, no puede subsistir en su estado puro cuando se aplica a los verdaderos géneros literarios, aquellos que tienen incidencia sobre la praxis de cada día con desarrollo de nuevos sistemas ideológicos más complejos y flexibles. En realidad lo que ha ocurrido es que este tipo de prosa ha ido abriendo sus períodos hasta llegar al amplio y complejo de Isócrates; se ha ido mezclando, en cierta medida, con restos de lengua popular (anacolutos, etc.) en Platón; ha habido, de hecho, una absorción del habla popular de Atenas por esa prosa un tanto forzada, rígida, poetizante. Pero con ello se ha constituido un elemento de fecundación de toda la lengua y toda la prosa ateniense. De aquí ha salido la gran prosa griega; y las divergencias que puedan existir entre el estilo simple de oradores del tipo de Lisias, por ejemplo, y el más hinchado y bombástico de Isócrates o Demóstenes son diferencias que proceden principalmente de los géneros literarios. Lisias pone sus discursos en boca de gentes que se defienden o atacan en los pleitos y que lo hacen manteniendo su carácter, conservando las mane-

ras del pueblo ateniense, del hombre alejado de la cosa pública. En la oratoria política, en cambio, las cosas tenían que ser por fuerza diferentes.

Es decir, este fermento que es la prosa gorgiana se ha unido a una serie de géneros que tienen un fondo propio y también algo nuevo que decir sobre la práctica, sobre las ideas; y así surge esa síntesis que es, con toda serie de matices y variantes, la prosa ateniense. El mismo Platón, enemigo de la retórica, ha procedido en algún momento con el mismo criterio como cuando, en el *Fedro*, preconiza la síntesis de Retórica y Filosofía. Ahora bien, al pasar el centro de gravedad de Atenas a los grandes centros del helenismo, como Alejandría o Pérgamo, ha surgido un fenómeno inverso, una polarización y oposición radical entre la retórica de un lado y del otro la lengua de la ciencia y la de la pura y simple exposición.

Tenemos en época helenística diferencias muy grandes entre un estilo, digamos, de tipo gorgiano y otro que cada vez se aleja más de la prosa retórica, aunque sin aproximarse a la lengua popular. Realmente la gran oratoria política desaparece en época helenística, como es bien sabido, por razones fáciles de comprender, puesto que las circunstancias de la vida pública en estas monarquías son completamente diferentes. La retórica se convierte en algo propio de la escuela, en un género pomposo, ditirámico e hinchado que da vueltas sin cesar a los mismos temas. Conocemos bastante bien la problemática de la prosa retórica en época helenística. Cicerón en el *Bruto* habla de las dos escuelas y, sobre todo, de la de Hegesias de Magnesia, que vuelve al período corto, como Gorgias, a los ritmos saltarines (jónicos, ditroqueos, dicréticos), a las metáforas atrevidas, a las perífrasis no siempre de buen gusto, a los juegos de palabras; y de otro lado encontramos una prosa bombástica con frases largas que se pierden, con orden de palabras absolutamente libre, con abuso de poetismo, con evitación de hiato, que encontramos, por

ejemplo, en la inscripción redactada en honor de Antíoco de Comagene en el siglo I a. J. C.

Hemos vuelto al gorgianismo puro y llegado incluso mucho más atrás del gorgianismo, y es por esto, porque ha habido un divorcio entre forma y fondo, por lo que esa síntesis de que hablábamos ha quebrado. Este estilo bombástico, retórico en el sentido que luego ha tomado esta palabra, se extiende en ocasiones a ciertos historiadores, de los que Timeo de Tauromenio es el más conocido. Pues bien, frente a estos autores, los que tratan de hacer una historia más objetiva, los que crean la nueva filosofía helenística, etc., ¿asimilan la prosa retórica o vuelven a la lengua popular? Realmente, ni lo uno ni lo otro. La lengua popular helenística nos es conocida por los papiros, el Nuevo Testamento y determinados datos indirectos, pero realmente no se ha convertido nunca en lengua literaria. Es bien sabido que la lengua helenística precede fundamentalmente de la prosa ática con cierta síntesis de elementos procedentes de otros dialectos.

Pues realmente es la lengua ática la que ha continuado luego como modelo; ahora bien, toda esta nueva historia, las memorias de los generales que hicieron las campañas de Alejandro y han sido imitadas por César, la *Historia* de Polibio que trata de ser absolutamente pragmática, sin énfasis ni retórica; toda esta nueva filosofía, sobre todo la de los estoicos, se ha alejado de la retórica y al tiempo no ha podido volver a la lengua popular, porque la tradición ática era demasiado fuerte para ello; y entonces se ha quedado en el camino intermedio, en una lengua derivada en definitiva del ático, pero que tiende a perder cada vez más las características gramaticales de la lengua ática y a verse invadida por el nuevo vocabulario helenístico: derivados, abstractos, términos que vienen del dialecto jónico, poetismos incluso. Ha perdido la habilidad del manejo de la frase, ha renunciado al período breve o brevísimo, al tono poetizante de Gorgias y de Hegesias de Magnesia, y también al período largo de Isócrates y otros;

y se ha quedado en una prosa desmañada, torpe, anacolútica, mal periodizada; es el estilo de Polibio o de los estoicos, del cual abominan los teóricos de la época del Imperio como Dionisio de Halicarnaso. Es precisamente una reacción estilista de gusto literario, de los teóricos y los retóricos y las escuelas de la época romana la que ha causado el hundimiento, la pérdida total de toda la literatura en prosa helenística; sencillamente, porque ha sido considerada como un modelo de mal gusto literario.

Se ha creado así un grave problema; esta síntesis a diversos niveles, con varias diferencias, que se estaba produciendo en época ática, se ha arruinado y nos hemos ido a los dos extremos: de un lado, al extremo retorizante que llega a la ingenuidad, la ridiculez y el exceso; y de otro lado, al extremo desmañado, torpe, en cierto modo próximo a la lengua popular, en vocabulario sobre todo, pero que, sin embargo, mantiene ciertos contactos con la literatura ateniense. Y así, una parte del vocabulario ático cae en desuso; el dual tiende a perderse; el optativo decae muy rápidamente. La reconstrucción de lo ateniense cada vez se hacía a costa de un mayor grado de artificiosidad.

Éste es el problema, realmente, con que se encuentra la literatura griega en los comienzos del Imperio, cuando Alejandría es conquistada por César y con la sumisión del último reino helenístico, el de Egipto en el año 30 a. J. C., todo el Oriente griego se convierte en una serie de provincias romanas.

Sucede luego que, tras un hiato, hay cierto revivir de la literatura griega bajo la égida romana. Literatura tal vez no muy original, en una gran medida resumen de la literatura, erudición y filosofía de época helenística. Tenemos ahora estos geógrafos, estos historiadores como Estrabón o Diodoro de Sicilia, que tratan de hacer grandes síntesis, tomando sus materiales de la época anterior y produciendo con ello, de todas maneras, una obra útil.

Bien, ¿y cómo van a proceder estos escritores? ¿Van a ir por la pendiente de Polibio y demás, por este griego mal escrito que ni es ático ni helenístico, que repugna a los conocedores de la tradición clásica y que de todos modos está demasiado alejado del pueblo? Naturalmente, la otra alternativa prácticamente no existe, pues la retórica asiática y bombástica de Hegesias y los suyos acaba por ser repudiada de todo el que quiere hacer una obra científica de una cierta seriedad. Timeo de Tauromenio es atacado a este respecto una y otra vez por Polibio tanto en la forma como en el fondo.

Realmente, si ahora comienza una nueva edad, la solución de este problema a primera vista parece fácil, clara y lógica; consistiría en una nueva síntesis, en crear una nueva literatura sobre la nueva lengua que se ha ido desarrollando de una manera, digamos, subterránea. En realidad, veremos, esto es lo que ocurre en Roma, que utiliza su tradición y el empalme con los modelos áticos y clásicos en general para crear algo nuevo en literatura y realmente también en lengua. Pero para que exista una de estas síntesis culturales o literarias hace falta que incida un nuevo instrumento de expresión con nuevos elementos de contenido, y aquí aquél tal vez se diera potencialmente en la lengua helenística popular, pero el elemento de fondo o de contenido puede decirse que no existía.

Por otra parte, el modelo de Roma ha sido muy probablemente decisivo para el curso seguido por la literatura griega. Hay que darse cuenta de que la literatura romana, y ello es un hecho muy conocido, comienza a desarrollarse en contacto principalmente con la helenística; esto es una cosa completamente lógica y natural, puesto que realmente es en el ámbito griego de época helenística donde Roma irrumpe. No podemos olvidar que Ennio, poeta épico, traduce del griego obras como las de Evémero, autor de una explicación racionalista de la religión, o la *Hedifagética* de Arquéstrato, un libro de cocina; que los epicúreos son traducidos desde época tem-



prana por Amafinio y utilizados por Lucrecio; que en Cicerón hay huellas de la Academia; que los poetas helenísticos influyen en la elegía romana y en Catulo; que la comedia romana se desarrolla, naturalmente, en contacto con la comedia griega, pero no con la de época antigua, sino con la helenística. Pues bien, hay un momento, desde Augusto sobre todo, pero incluso desde fecha anterior, en que se produce en Roma una reacción en que los modelos dejan de ser los de época helenística para pasar a ser los de la clásica; y esto lo mismo en poesía que en prosa.

Nosotros creemos que este gusto romano por los modelos de época clásica influye de una manera decisiva en el hecho de que la nueva literatura griega que se crea en época romana siga también, en la forma sobre todo, aquellos modelos y concretamente el de la prosa ática. En tiempos de Augusto, Horacio y Virgilio tratan de ensamblar la antigua tradición moral y política romana con los estímulos procedentes de la literatura griega, de los lesbios o de Homero. Pero esto, que en poesía había ocurrido en época de Augusto, en prosa sucede en fecha anterior, sobre todo en la oratoria de la época de Cicerón. Cuando se desarrolla la oratoria romana, ésta se encuentra en circunstancias similares a las de la griega de los siglos v y iv, pues tiene que servir para defender causas políticas y causas forenses, grandes intereses, ideas, problemas de poder; todo esto, que está en juego, no deja lugar a una oratoria al servicio de vanos juegos de palabras. Entonces ¿qué modelos encontrará en Grecia? Ésta ofrecerá, por supuesto, el de los asiáticos, al que he aludido antes, modelo que tuvo un cierto éxito transitorio; Cicerón, por ejemplo, oye a Hierocles de Alabanda, que es imitado por Hortensio.

Pero no es esta la línea que se sigue, sino que se procede mediante un salto atrás a la literatura verdaderamente ateniense, a la del siglo v y, en la oratoria sobre todo, finales del mismo y siglo iv.

Habrá en ello, claro está, diferencias; habrá quienes prefieran saltar a la lengua más conversacional de Lisias, con su estilo *λογνός*, seco, apretado, conciso, menos periodizado. Habr  quienes, como Cicerón, prefieran los modelos de Isócrates o de Demóstenes. Se darán sobre esto toda clase de polémicas que podemos seguir en los escritos ciceronianos o en el diálogo *De oratoribus* de Tácito; pero fundamentalmente el hecho es que la prosa romana se va a moldear, en lo que se refiere a estilo y a construcción y dentro de lo que una lengua puede ser un modelo para otra, sobre la prosa griega  tica, no sobre la helenística. Roma salta por encima de la época helenística y solamente en la Grecia clásica encuentra un parangón de sí misma, algo que merece su respeto y estima. Y ello incluso en cuanto a estilo de vida e ideales; porque ocurre que, por otra parte, el pasado es más fácilmente transmutable que el presente inmediato, y ya sabemos que todos aquellos *graeculi* que pululaban por Roma, procedentes del ámbito griego contemporáneo, no eran bien vistos por la tradición dominante en la urbe.

Roma crea una síntesis entre algo propiamente romano y elementos griegos que son primero de época helenística, pero después, fundamentalmente, de edad clásica. Pues bien, algo semejante es lo que va a ocurrir en Grecia. No tiene esto nada de extraño. Roma impone los modelos, como también en otros terrenos diferentes. Impone, por ejemplo, la difusión y el triunfo del estoicismo respecto a las demás escuelas helenísticas, menos del gusto romano; impone en poco tiempo la tradición filológica de Aristarco, seguida por Varrón. Y podemos hacer, incluso, un paralelo deteniéndonos brevemente en lo que ocurre en el terreno de las artes plásticas, de la escultura sobre todo. También aquí la imitación había empezado por fijarse en el arte de la época helenística, que s  que era una nueva creación, pero frente a esto surgió desde pronto una reacción que llamaríamos idealista y que trat  de seguir los antiguos modelos, de Fidias primero y luego de Lisipo y los demás.

Ya en el siglo II a. J. C. se copia en Pérgamo la Atenea Virgen de Fidias; en el Heroo de Calidón se colocan copias de Escopas y de Lisipo, etc.

Pero lo que resulta decisivo otra vez para la imposición de los modelos clásicos es Roma, que conoce el arte griego a través de la conquista de la Hélade, cuando Mumio saquea Corinto, y Sila hace lo mismo con Atenas, y se llevan barcos enteros de estatuas pilladas en estos lugares antiguos de Grecia. La estatuaria griega clásica se pone de moda; surge un gran comercio, todos los ricos romanos quieren tener copias de las antiguas estatuas. Surge ya en el siglo I a. J. C. la escuela de Pasíteles, que se dedica fundamentalmente a la imitación y a hacer copias más o menos variadas de lo antiguo. Aparece luego, en los siglos I y II d. J. C., la escuela neoática, que elabora fundamentalmente copias, de las cuales están llenos los museos, pero también obras originales basadas en lo clásico y tan conocidas como el Hércules Farnesio o el Apolo de Belvedere.

Roma crea, pues, una síntesis con el modelo griego clásico y las tradiciones propiamente romanas; aparecen, ya desde la época de Augusto o desde antes, desde el siglo I a. J. C., una serie de obras importantes que van a ser fundamentación de un nuevo arte; por ejemplo, el altar de Domicio Enobarbo; o el *Ara Pacis* de Augusto, que en cierto modo continúa modelos que vienen desde la célebre procesión del friso del Partenón, pero con un gran sentido romano; o el pórtico de Octavia. Se da, pues, esta síntesis en Roma, pero no en Grecia, donde no hay más que copia, continuación, imitación de lo anterior con leves variaciones. Los mismos dioses del Olimpo a quienes nadie veneraba, unas veces humanizados, desprovistos de su majestad, y otras veces copiados tal como eran en la época en que se creía más en ellos. Cuando Plinio o Marcial hablan de escultura griega, para ellos no hay otra que la clásica.

Pero volvamos otra vez al campo de la literatura y de la lengua, que es el que aquí debe ocuparnos principalmente.

También en época de Augusto surgen los teorizantes que tratan de plasmar la prosa griega sobre el modelo de la prosa ática, pero sin que exista creación de géneros, que es lo que posibilitaría que realmente naciera algo nuevo; y en vez de ello nos encontramos con una pura forma calcada de una vida que había dejado de fluir hacía varias centenas de años. Era difícil conseguir esto. Tenemos, verbigracia, a Dionisio de Halicarnaso, sobre todo, y a Cecilio de Caleacte. Dionisio incluso va más allá y trata de elegir dentro de los modelos atenienses, rechazando a Tucídides por ejemplo. Y así, en esta misma época, desde el siglo I a. J. C., empezamos a encontrarnos con escritos que podríamos calificar ya en cierta manera de aticistas, es decir, que siguen ya realmente a la prosa ática. Se imita a partir de aquí el estilo periódico, se practica el hiato, se copian rasgos de gramática, se intenta reconstruir el dual y el optativo que habían muerto, se escribe  $\rho\rho$  en vez de  $\rho\sigma$ ,  $\tau\tau$  en vez de  $\sigma\sigma$ , se resucitan términos del antiguo vocabulario.

Pero esta nueva lengua que ahora se crea y que realmente es una aticización de la del tipo de Polibio y de los estoicos no quedará estabilizada. A lo largo de los siglos imperiales vamos a seguir un proceso por el cual el avance del aticismo va a ser creciente, es decir, vamos a presenciar lo que llamaríamos una historia al revés. Van a aumentar progresivamente los rasgos áticos que habían disminuido desde la época antigua hasta Polibio, donde entran hasta cierto punto las características helenísticas en aquella lengua y estilo híbridos de los que antes hablábamos. Pero a partir de ahora ocurre lo contrario. El número de aticismos va a ser mayor, y surgirá una serie de estilos áticos más o menos próximos o diferentes, con más extremismo o moderación según los casos; en algunas ocasiones la imitación se extenderá también a

la prosa poética, la de los asiánicos de que hablábamos antes, también con una progresión creciente.

La diferencia respecto a la lengua popular, en vez de ir con el tiempo disminuyendo en una especie de aproximación, va a aumentar. Éste es un fenómeno bien conocido en la teoría del estilo. El rasgo estilístico tiene tanta mayor fuerza de información, despierta tanto más la atención, cuanto más aislado y anómalo sea, cuanto más se destaque del contorno, cuanto más contraste haya en él respecto a la lengua no estilizada o a la lengua popular. Ahora bien, naturalmente estos recursos expresivos se desgastan; en el momento en que se hacen cosa ya conocida o trivial, tienen que ser reforzados en una especie de escalada cada vez mayor del estilo. Esto se ha estudiado para otras épocas, por ejemplo, para la poesía francesa del siglo pasado: desde los clásicos hasta los románticos y los simbolistas hay un continuo crecimiento en cuanto a calidad y en cuanto a frecuencia de determinados recursos de estilo. Al llegar aquí, el abismo respecto a la prosa y a la lengua popular es tan grande, que este grado de información o expresividad se paga en un momento en que no se puede ir más allá, en que hay que romper, en que la poesía tiene que volver a los niveles más triviales, más chabacanos por lo menos en apariencia, más popularistas por lo menos en la intención. Una cosa parecida es la que sucedió con la prosa griega a lo largo de todas estas centurias.

Realmente el mundo griego durante estas épocas vive sin historia en una especie de quietismo. Bajo el imperio romano hay un quehacer privado de todos los días, un nivel elemental de cultura que se mantiene; no se nota descenso brusco, incluso surgen algunos talentos originales. Pero realmente es un pueblo sin vida; no hay rupturas ni creaciones. De aquí la paradoja de que los mismos fermentos de la literatura griega clásica que habían creado o contribuido a crear la gran literatura romana no hayan servido en Grecia más que para embalsamar en cierto modo una lengua popular, para darle un valor trivial, para

ayudar a escribir obras que son resúmenes rara vez originales o que, cuando lo son real o relativamente, resultan, como en Luciano, críticas de todo lo humano y lo divino de los siglos anteriores, o, como en Plutarco, sincretismos más o menos banales de las antiguas filosofías. Hay falta de vida, quiebra de la imaginación y originalidad. Este avance impresionante y cada vez mayor del número de términos y formas áticas y, en ciertos estilos marginales, de términos y formas poéticas puede apreciarse cuando se hacen estudios para la datación de obras. Entonces podemos ver palabras áticas que reviven en tal época, y otras en tal otra, e igual ocurre con los vocablos poéticos en sus frecuencias y combinaciones.

Pues bien, como decíamos, hay una ley general aplicable a este caso en que la lengua y literatura griegas están embarcadas por el camino del distanciamiento respecto a lo vulgar, de la ruptura con la época helenística y del empalme más o menos falso con la clásica. A partir de ahora, las reglas mismas del estilo hacen que, si se quiere lograr un efecto, tener éxito en este tipo de literatura, haya que incrementarlo e intensificarlo cada vez más.

Pero no ha ocurrido solamente esto. Se ha dado también el fenómeno del panhelenismo romano. Los romanos, en un momento dado, rompen con los moldes helenísticos, van más allá, hacia los modelos clásicos, que, con razón en cierto modo, de una manera idealizante en otra medida, consideran como más afines a los suyos. Viene la época de los filhelenos, de los emperadores helenizantes que tratan de reconstruir la antigua Grecia o que creen que ya la han reconstruido. Nerón se presentó en Corinto como el liberador de todos los griegos con un gesto que ya se había hecho otras veces y que quedaba en pura palabra. Pero no solamente Nerón, sino todos o muchos de los demás emperadores se convierten en protectores y admiradores de una Hélade ideal más o menos fantástica. Pensemos en Adriano, sobre todo, que llenó de monumentos todos los lugares ilustres de aquellas regiones.

Y también en Grecia misma se juega a la Grecia antigua. Es cierto que se trata de una provincia relegada, no próspera, en que la agricultura decae y las gentes emigran. Y, sin embargo, si nos atenemos a ciertas inscripciones, estamos en una época floreciente. Adriano y los demás construyen monumentos que tratan de superar, y superan por lo menos en tamaño, a los antiguos griegos. Esparta se rige por una constitución que finge ser la de Licurgo; y Atenas, por otra que finge ser democrática, con un Areópago y unas inscripciones que repiten las fórmulas de la propia y verdadera época clásica. En Platea se celebran juegos que se llaman Ἐλευθέριαι, juegos de la libertad en conmemoración de la batalla contra los persas dada allí. Es la Grecia clásica la que se tiene ante la vista; todo lo demás parece como si no hubiera existido.

En esta época, siglo II, la vuelta al clasicismo tiene también por efecto la retirada de una serie de dioses de origen oriental que lo habían invadido todo: Mitra, Sérapis, Isis. Estas divinidades son barridas de Grecia mientras hay un dios nuevo al cual nadie, evidentemente, trataba de barrer, el Emperador. Era una cierta comedia o farsa en que todos jugaban a la reconstrucción de la antigua Grecia. Y esto se refleja también, naturalmente, en la literatura.

Decíamos que se puede hablar de aticismo en dos sentidos. En sentido amplio y general, toda la literatura es aticista y toda ella se va tiñendo cada vez más de este vocabulario y formas gramaticales de la época antigua. En un sentido más estricto, los modelos de esta literatura son los representantes de la segunda sofística. Los sofistas se dedican a una enseñanza fijada y centrada en la retórica; pero no solamente se consagran a ella, sino que también coquetean con la filosofía, dan «tours» de conferencias, tratan con los emperadores, están hinchados de vanidad y de distinciones. A todos estos personajes nosotros los conocemos unas veces por sus escritos y otras por la *Vida de los sofistas* de Filóstrato; sus discursos nos

han llegado a través de muchos manuscritos que nosotros sacrificaríamos de buena gana a cambio de una mayor conservación de la literatura antigua.

Tenemos a los aticistas más extremistas, un Aristides de Esmirna, un Libanio, todos aquellos de los que se ríe Luciano en su *Lexifanes* y otros escritos; Luciano, que había sido sofista y luego se había retirado de la retórica, pero realmente incurrió otras veces en los mismos vicios que él censura. Son los extremistas, los hiperatizantes, como aquel famoso ΚΕΙΤΟΥΚΕΙΤΟΣ de que se nos habla en *El banquete de los sofistas* de Ateneo, que, antes de pronunciar cualquier palabra o ante cualquier duda, preguntaba Κεῖται ἢ οὐ κεῖται; «¿Está atestiguado en los autores clásicos o no lo está?». Para ayuda de todos estos aticistas surge una entera serie de léxicos de términos áticos que uno puede emplear seguramente sin riesgo de ser criticado y que a nosotros nos han llegado directamente o recogidos posteriormente: léxicos de Pausanias, Dionisio, Julio Pólux, Meris y Frínico con los Etimológicos, las gramáticas, etcétera.

Hay, sin embargo, autores más moderados; algunos eligen determinados clásicos, y así vemos cómo Arriano, para escribir la *Anábasis*, es decir, las hazañas de Alejandro va a imitar nada menos que a Heródoto utilizando una especie de dialecto jónico; los hay que permiten el hiato yendo más allá de Isócrates y los demás, según el ático arcaico. Otros se inspiran en Tucídides, como Dión Casio. Aristides escribe el *Encomio de Esmirna*, Favorino el Κορινθιακός, discurso que fue provocado por un hecho muy curioso. Los habitantes de Corinto habían erigido una estatua en honor de Favorino, pero posteriormente se la habían quitado, lo cual causó su indignación y sus quejas retóricas en estilo elegíaco y pleno de lamentaciones. ¿Por qué habían derribado los corintios la estatua? Muy probablemente, porque Favorino había incurrido también en la desgracia de Adriano. En efecto, el emperador le había negado la exención del cargo de decenviro de Arelate,



ciudad de las Galias, hoy Arlès, de que procedía el escritor; y hay que advertir que estos cargos municipales llegó un momento en que tuvieron que ser obligatorios en el Imperio por la sencilla razón de que no los quería nadie. Pero determinadas personas, y entre ellas los retóricos, estaban autorizados de hecho a renunciar a estos honores un tanto gravosos, y además el cargo de Favorino le obligaba a fijar residencia en su ciudad natal, lo cual, para un conferenciante como él, evidentemente era funesto. La petición de Favorino de que se le eximiera de este honor no fue aceptada, e incluso parece que desagradó.

Vemos, pues, a un hombre que imita a la antigua literatura y cuya moral, expuesta en sus discursos, es de tipo socrático y tradicional; pues bien, a pesar de su presunta amistad con el emperador, está realmente expuesto a cualquier gesto de mal humor por parte del soberano.

Y así podríamos mencionar a otros autores de la misma tendencia: pensemos en Himerio, que imita nada menos que a Safo en prosa.

Con todo ello se llegó realmente a una especie de terreno intermedio entre todas estas corrientes, a un mínimo que incluso llega a los círculos más alejados de la sofística, a todo el aticismo en sentido amplio: un rechazar determinados vulgarismos, aceptar un determinado núcleo de vocabulario ático y, en cierta medida, de vocabulario poético. Fuera de aquí, el mejor gusto de los unos, las extravagancias de los otros, varían naturalmente según los casos individuales.

Y así surge este extraño panorama de que hablábamos antes. La literatura griega de época imperial vive principalmente en torno a la escuela. Son profesores y sofistas y conferenciantes los que escriben. Otras veces son profesionales, médicos, geógrafos, eruditos que dependen de una manera indirecta de esta punta de lanza de los aticistas más estrictos, seguidos a cierta distancia, pero segui-

dos siempre; y la prueba es el aumento constante de este tipo de vocabulario.

No podemos negar originalidad en todos los casos a la literatura de esta época. Podemos pensar en las nuevas religiones, en Plotino, en lo que de original podemos encontrar todavía en autores como Luciano. Pero fundamentalmente se trata de una literatura que vive del eco de una época muy anterior y que trata de revivir algo que hace mucho tiempo que pasó. Y esta nueva forma que se crea, a veces sin gusto, otras veces con un gusto más asequible, se revela por sí misma impotente para crear un contenido nuevo. Pero no podemos negar tampoco sus valores a esta literatura: en ella encontró su base la cristiana cuando en el siglo V abandona los modelos de lengua popular como la del Nuevo Testamento para insertarse en la gran prosa y continuar las enseñanzas de los retóricos.

Un mérito también de todos estos gustos literarios es el haber contribuido a conservar aquello que nos queda de la literatura ática, que se salvó pura y simplemente como modelo para ser estudiado en las escuelas, salvo cuando determinadas obras son preservadas por su contenido, como Platón, copiado probablemente por sus continuadores de la Academia.

Afortunadamente, entre los aticistas y aquellos que les rodean existen las suficientes diferencias de gusto o de escuela como para que nos hayan llegado simultáneamente Heródoto y Tucídides, Lisias y Demóstenes. Pero, en cambio, la literatura en prosa de época helenística queda completamente repudiada por todos y prácticamente se pierde de manera radical.

Por otra parte, este juego, puesto que en cierta manera es un juego, de la intensificación de ciertos recursos estilísticos tiene un límite. Toda esta literatura está escrita por una «élite»; en el momento en que estas clases superiores se derrumban, es natural que ello haya arrastrado su desaparición, que es lo que ocurrió de manera abrupta a partir del siglo VI d. J. C.

No he querido dar más que unas cuantas ideas generales sobre esta larga época, en cierto modo relegada, y podemos decir que con justicia, en los manuales de historia literaria, pese a que, en cuanto a volumen, es la más importante. Aunque muchas veces nos interesamos por estos autores a causa de su contenido, porque, perdida la literatura helenística, no quedan otras fuentes en que ir a beber. Es algo así como si los autores antiguos hubieran desaparecido sin desaparecer del todo, puesto que han permanecido recubiertos por esta literatura artificial que vivió durante centenares de años.

Al lado está la literatura romana. Existen una serie de influjos recíprocos; no puedo hablar aquí sobre ello, pero hay un punto notable, y es que, cuando un pueblo nuevo como Roma trae algo nuevo que decir, los elementos extraños, como era la literatura griega, adquieren un poder fecundante; mientras que, cuando reinan el quietismo histórico, la falta de originalidad, el colapso, un gran pasado como el de los griegos era realmente más bien una carga que otra cosa.

FRANCISCO R. ADRADOS